

## La historia de la “Nueva Historia”<sup>A</sup> [Entrevista con Germán Colmenares]

Germán Colmenares realizó estudios en la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad del Rosario y la Universidad de París, en donde obtuvo el doctorado en Historia. Ha sido profesor de la Universidad Nacional y de la Universidad de los Andes. Actualmente es profesor en la Universidad del Valle en donde fue decano de Ciencias Económicas. Recientemente estuvo como invitado en la Universidad de Columbia. Es autor de numerosos trabajos históricos entre los cuales debe destacarse *Partidos Políticos y Clases Sociales*, y de [sic] *Historia Económica y Social de Colombia*<sup>B</sup>.

Patricia Dávila [P D]: Recientemente Colcultura publicó un libro titulado *La Nueva Historia de Colombia*. En él se recogen varios ensayos escritos por historiadores profesionales, entre ellos uno suyo. ¿Qué quiere decir eso de Nueva Historia?

Germán Colmenares [G C]: Hablar de nueva historia es colocar un membrete: Ahora: el membrete está sugerido no por una evolución historiográfica colombiana, sino por el hecho de que por lo menos desde 1929 comenzó a aparecer una serie de trabajos historiográficos en los que la historia incorporaba las teorías de otras ciencias sociales. Esta incorporación le daba a la historia un aspecto científico que no tenía. Creo, y en esto Althusser tiene razón, que en realidad el estatuto científico de la historia comenzó con las formulaciones del materialismo histórico. Solo que la universidad, el mundo académico europeo, desconoció orondamente a Marx en el curso del siglo XIX y gran parte del siglo XX. [Marc] Bloch y Lucien Febvre en Francia hablan de una “historia total”. Lo que plantea el materialismo histórico no es otra cosa: solo que

- 
- A En *Nueva Frontera*, n.º 151, octubre 5-11 de 1977, 18-19 —publicación creada por Carlos Lleras Restrepo y algunos de sus “amigos”, representantes de una fracción crítica de la política oficial del Partido Liberal—. En su línea política y editorial, al lado de Lleras Restrepo, resultó muy influyente Luis Carlos Galán; y en su línea cultural, María Mercedes Carranza. La entrevista tiene apenas algo de interés historiográfico, pero, por fuera de recordar que *Nueva Frontera* fue una publicación en la que Colmenares publicó reseñas breves pero interesantes sobre temas y libros de historia de Colombia, pone de presente la constante improvisación de los “periodistas culturales en Colombia”: es claro a través de la lectura que la periodista no sabía mucho de historia ni había leído con cuidado las obras de su entrevistado. Desde el punto de vista del entrevistado no hay que olvidar que este tipo de entrevistas son siempre el resumen breve de respuestas largas, lo que casi siempre reduce el alcance de las formulaciones que se presentan, y en ocasiones enreda hasta el sentido de las respuestas, que puede tornarse confuso.
- B Darío Jaramillo Agudelo, comp., *La Nueva Historia de Colombia* (Bogotá: Colcultura, 1976). Un fragmento del prólogo de Jaramillo Agudelo, prólogo que en realidad no tenía mucho que ver con la “Nueva Historia” como corriente historiográfica, fue publicado en *Gaceta de Colcultura*, vol. 8, diciembre de 1976, 22-24. Agreguemos, aunque no tiene demasiada importancia, que Colmenares nunca fue decano de Ciencias Económicas de la Universidad del Valle. Fue decano de la Facultad de Humanidades —llamada entonces División de Humanidades— poco después de haber llegado a esa Universidad, y fue delegado profesoral al Consejo Superior de la Universidad del Valle, este último uno de los cargos de que más orgulloso se sintió durante su carrera académica.

la “historia total” de Febvre y de Bloch tiene una raíz en el humanismo académico y por tanto un fundamento teórico pobre. En Estados Unidos también se habló en algún momento de “nueva historia”, y muy recientemente se ha hablado de “nueva historia económica”. Creo, entonces, que el membrete se justifica en cuanto la historiografía colombiana comience por incorporar los elementos teóricos y conceptuales que superen los modelos de la historiografía positivista o de una historiografía apologética y con tendencias ideológicas que no se asumen como tales. Este discurso histórico se presenta hoy como una limitación de cualquier esfuerzo serio de investigación. Para un periódico como *El Siglo*, por ejemplo, asociar la historia con la ciencia significa una irreverencia, significa violentar la conciencia de los colombianos en un intento por sacarlos de certidumbres patrióticas confortables. Para esta mentalidad es hasta cierto punto lícito que la clase obrera se pregunte acerca de la participación en el producto interno bruto, aunque esto sea ya escandaloso. Pero que un historiador asigne a los próceres una pertenencia a una clase social o trate de calcular las rentas que perciben estos personajes como terratenientes, tiene por objetivo socavar el fundamento mítico de la nacionalidad.

P D: El marxismo ha penetrado en las ciencias sociales, ¿ha enriquecido de alguna manera la historiografía colombiana?

G C: Esto de la penetración sugiere que el marxismo es una doctrina insidiosa que penetra en contra del buen parecer de quienes están encargados de mantener una censura y las buenas costumbres, penetra en aquellos dominios reservados a una ortodoxia eclesiástica, o moral, o política. Se habla, por ejemplo, de doctrinas foráneas. Naturalmente la Escuela de Chicago no es foránea, es tan colombiana como el Shopping Center de calle 127 en Bogotá. Pero, para contestar a su pregunta, Marx, como dice Althusser, ha fundado una ciencia: la ciencia histórica [un blanco de dos renglones, por daño de la fotocopia] que después de Marx, se es marxista o antimarxista. Temo que en Colombia no se haya producido este fenómeno por lo menos en el caso de los antimarxistas, pues ninguno ha leído a Marx. Otras formas de censura están mejor informadas. Por ejemplo, la junta de censura cinematográfica tiene que ver todas las películas pornográficas, pero nadie que ataque a Marx, en Colombia, ha tenido que haberlo leído. Esto no obra para que después de Nieto Arteta se hayan producido trabajos muy importantes en la historiografía colombiana. Baste señalar los aportes de Salomón Kalmanovitz sobre el proceso agrario, o de Jesús Bejarano, Jorge Villegas, etc. Todos estos trabajos se caracterizan por la delimitación teórica previa y una rica utilización de información empírica. En otras palabras, la utilización del marxismo como marco conceptual para una realidad colombiana. Hay algunas dificultades en este tipo de tratamiento por cuanto quienes tienen vocación teórica en Colombia (para decirlo de manera amable), no alcanzan muchas veces el rigor o la brillantez de los teóricos centro europeos de las primeras décadas de este siglo [XX] y, de otro lado, juzgan que la realidad colombiana no existe. No me inclino a criticarlos demasiado

por cuanto para la clase dirigente colombiana este país nunca ha existido sino como una fuente de ingresos.

P D: La historiografía norteamericana sobre Colombia es cada vez mayor. ¿Cómo puede verse esa producción en relación con la historiografía colombiana?

G C: La producción norteamericana que se ocupa de áreas latinoamericanas es un fenómeno que no está fomentado por el universalismo del saber, sino por coyunturas favorables que suelen presentarse para los departamentos de estudios latinoamericanos de las universidades gringas. Para un departamento de este tipo un proceso revolucionario en América Latina es una bendición. Por ejemplo, cuando Salvador Allende compitió con Frei en 1964, Chile fue objeto de numerosos estudios de todo tipo. Colombia no ha sido un área excesivamente privilegiada por los departamentos de estudios latinoamericanos de esas universidades. El apoyo institucional de investigadores norteamericanos ha sido más bien pobre. Sin duda nuestra imagen allí no es demasiado inquietante como para incitar interés en las interioridades de un país consagrado al Sagrado Corazón. De todas maneras, [David] Bushnell y King [¿?] iniciaron una tradición de estudios historiográficos en esta área (para los norteamericanos Colombia es una “area of studies” menos competida que México). Infortunadamente muy pocos de estos trabajos han sido traducidos. Hay algunos trabajos excelentes como el de Juan Villamarín sobre las haciendas de la sabana. De William Sharp sobre el Chocó, de [Peter] Marzhal sobre los cabildos de Popayán en el siglo XVII, de Chandler sobre la esclavitud negra, que ni siquiera han sido publicados en inglés. O los trabajos de [Frank] Safford, que a través de sucesivas elaboraciones ha llegado a una visión de los problemas nacionales centrada en si tuvimos o no en el siglo XIX una idea de lo práctico comparable a la de los pioneros de su propio país.

P D: A pesar del interés creciente por la historia y del número, cada vez mayor, de estudios serios sobre historia [dos renglones comidos por el gorgojo en la fotocopia] por colombianos es todavía incipiente.

G C: Esto tiene una explicación precisa en este sentido. La novedad de ciertos planteamientos de historiadores profesionales es apenas relativa. La elaboración historiográfica como fenómeno intelectual no es diferente a cualquier otro tipo de elaboración ideológica. Colombia siempre tuvo un desfase entre la elaboración y el tipo de dinámica que alentaban los movimientos sociales y económicos. Por ejemplo, en 1848 existían socialistas, pero en el país no había una clase obrera, y el socialismo lo habían aprendido en Eugenio Sue. De la misma manera que nuestra clase dirigente hace la mímica de Eton (en Oxford<sup>C</sup>) o del “pétit cercle de Madame Verdurin”, o

---

C Germán Colmenares debe referirse a Eton College, modelo de educación inglesa de una gran tradición. Dice la Enciclopedia: “El Colegio del Rey de Nuestra Señora de Eton, conocido comúnmente como Eton College o sólo Eton, es un colegio y residencia de estudiantes masculinos. Está situado en Eton, Berkshire, en Inglaterra, cerca de Windsor, a una milla al norte del Castillo de Windsor, aunque geográficamente, Slough es la ciudad más cercana”.

adopta la “american way of life”, puede inspirarse en Bentham, y a comienzos del siglo [XX] en [Jaime] Balmes<sup>D</sup>. El problema para la historiografía colombiana actual es el de actualizarse, y a través de esa actualización trascender lo más rápidamente posible esas muletas que son los conceptos supuestamente universales. Creo que es inevitable: la historiografía francesa todavía es nacionalista, como lo es sin duda una historiografía vietnamita o china o rusa. Nos queda, pues, mucho por aprender. Lo incipiente de la historiografía Colombia actual radica en que es deliberadamente humilde. Es decir, lo incipiente consiste en una actitud mental y no en el hecho de antes no haya existido una historiografía.

P D: ¿Por qué la actitud de la izquierda es más receptiva hacia lo que se llama la nueva historiografía?

G C: La historiografía siempre ha sido dentro el contexto nacional un ingrediente primordial de la ideología dominante. La historiografía romántica, por ejemplo, recreaba la formación de una nación en una lucha lenta y ardua que culminaba, como en el caso de Michelet, en la apoteosis revolucionaria. En Colombia este modelo fue adoptado muy rápidamente. Para el siglo XIX nada podía resultar más estimulante que la idea de una nación que iba surgiendo y que iba identificándose a sí misma a través de un tiempo creador. Los manuales de educación secundaria vulgarizaron esta idea en una forma espúrea. Los gobernantes de turno (y esta es la tesis del inefable Cándido, el del jardín<sup>E</sup>), son los herederos de los próceres de la Independencia. El Ejército, guardián del nuevo orden, surgió en las batallas de la Independencia. La idea es muy halagadora para quienes la usufructúan. Pero cualquier estudiante de bachillerato se da cuenta de que es falsa. La historia se perpetúa en formas de dominación

---

D La referencia a Eugenio Sue o a Proust, lo mismo que la mención de Bentham, no presentan ninguna dificultad para un joven universitario de ciencias sociales o de Historia, que haya recibido algún curso mínimo sobre historia política y cultural europea de los siglos XIX y XX. No así la referencia al filósofo tomista Jaime Balmes (1810-1848), muy importante en la enseñanza secundaria y universitaria en el país, más o menos entre 1880 y 1930 —sobre todo se leyeron sus obras *El Criterio* y *El protestantismo comparado con el catolicismo en su relación con la civilización europea*—. Más allá de menciones puntuales, no conozco ningún trabajo importante en Colombia sobre Balmes, y es una lástima, pues su papel en la enseñanza y en la formación cultural de varias generaciones puede haber sido muy importante.

E La referencia es sin ninguna duda al político, poeta y periodista liberal Juan Lozano y Lozano (1902-1979), quien mantuvo por años y años una columna, al parecer muy leída, en el periódico *El Tiempo*, titulada “El jardín de Cándido”, seguramente en recuerdo de algunas lecturas de Voltaire. Por años Lozano ha sido altamente apreciado como escritor, al punto que se le llegó a considerar como un modelo literario. En una corta presentación biográfica de Lozano y Lozano publicada en alguna página de la Biblioteca Luis Ángel Arango se caracteriza su estilo de una forma que hubiera fastidiado de forma extrema a Germán Colmenares, pero le hubiera dado la razón en su crítica del “establecimiento cultural colombiano” que tuvo que padecer. A un lector joven de hoy, que extrañamente hubiera leído a Lozano, esta caracterización de su estilo puede hacerlo reír. Copiemos unas frases: “... su estilo es fácil, suelto y armonioso, endiabladamente agradable, rizado por una suave ironía y cruzado por las venas del más fino y desparpajado humor inglés”. Ver: [https://enciclopedia.banrepcultural.org/index.php/Juan\\_Lozano\\_y\\_Lozano](https://enciclopedia.banrepcultural.org/index.php/Juan_Lozano_y_Lozano)

y dependencia, pero no transmite a individuos títulos para gobernar. Así, la izquierda, que por lo general es joven en Colombia, y pertenece a la pequeña burguesía, no va al relato histórico en busca de una legitimación del poder de turno, sino en busca de un conocimiento. Algunos sectores de la izquierda buscan también, hay que decirlo, nuevos héroes para legitimar su propia acción. Pero sobre este tipo de exigencia no puede fundamentarse la praxis política. La burguesía colombiana, por ejemplo, no sustenta su praxis política en los [¿?] de Bolívar o de Santander, sino en las enseñanzas de la Escuela de Chicago, que invita a controlar los salarios, a recortar el gasto público en hospitales y universidades y aumentar las tasas de acumulación de capital.

P D: ¿Pero no puede usted negar que algunos sectores de la burguesía también se preocupan por la historia?

G C: ¿Por la historia de las cotizaciones de la bolsa o por la historia de sus familias?

P D: No, por la “nueva historia”, por la historia “viva” “profunda” de que se habla ahora tanto.

G C: No creo realmente que estemos tan de moda, porque la moda hoy en día es Miami.

P D: Colcultura parece también estar de moda, y últimamente se ha ocupado bastante de la “nueva historia”.

G C: Colcultura posee una gran ventaja. La imprenta nacional que perteneció a la Universidad Nacional y que debería retomar la Universidad Nacional. La difusión de los libros en Colombia opera muy precaria y personalmente no creo que un gobierno pueda prevalerse de la labor intelectual para mejorar su imagen. Bajo el gobierno de Rojas Pinilla se publicó también en la imprenta nacional la Biblioteca de la Presidencia de la República. Son volúmenes invaluable como rarezas bibliográficas y como esfuerzo editorial. Evidentemente muchos piensan que el gobierno de Rojas fue un mal gobierno y quienes así piensan no creen que las Hojas de Cultura Popular o la Biblioteca de la Presidencia de la República mejoren la imagen que se han hecho de ese gobierno.

P D: ¿Cuál es el estado actual de la enseñanza de la historia en las universidades colombianas?

G C: ¡Pero si casi todas las universidades están ahora cerradas!

P D: No contestó la pregunta, pero como usted lo menciona veo que le preocupa un tema que a mí también me interesa. ¿Qué opina usted como profesor universitario de la crisis por la que atraviesa actualmente la universidad colombiana?

G C: Es imposible tratar de responder a su pregunta de una manera razonablemente breve. Pero en cambio, puedo contestar con otros interrogantes. Por ejemplo, ¿de quién es la responsabilidad de las universidades? ¿Del gobierno que ahora se siente capaz de crear universidades por decretos legislativos? ¿De los grupos políticos, que hasta ahora han pensado que la universidad es un instrumento político? ¿O

de los dos estamentos básicos que la integran, profesores y estudiantes? En el caso de los profesores, que es lo que me compete, pienso que se los ha reducido por hambre a tener una mentalidad de empleado público. Sin embargo, el gobierno parece obstinado en declararlos empleados públicos. Creo que el punto no es cuestión puramente técnica. Uno puede sentirse y actuar como un servidor público. Pero a lo que me resisto es al insulto que representa a la inteligencia solicitar la recomendación de un directorio político. Mientras más se rebaje la condición del profesor, más remota será la existencia de una universidad. Salarios de hambre en la Universidad Nacional, por ejemplo, hacen por ejemplo más complicado, más difícil, cada día, el reclutamiento de gente capacitada. Pero si se quiere una universidad barata, no dudo de que se consiga. Barata en todo sentido.